

cara de vinagre; pues así en Francia como en las demás naciones civilizadas, la geografía constituye solamente un hábito morboso y excepcional. Ordinariamente es uno de los síntomas de la malacia, especie de enfermedad de languidez, acompañada de depravación del gusto; mas no así en diversas regiones de Asia, Africa y América, donde hay tribus enteras de geófagos.

Las razas amarillas se muestran particularmente aferradas á esta singular costumbre, si bien otro tanto se comprueba en muchas otras poblaciones de diversos grupos étnicos y casi en todas las latitudes: en la Guyana, en Siberia, en Venezuela, en Nueva Caledonia, en el Cameroun y en Siam.

Que muchas veces los viajeros han traído acá «tierras comestibles» es cuanto acerca del particular se sabe.

En Java y en Sumatra, la arcilla con la cual se regalan los indios, sufre una preparación previa. Según M. Hekmeyer, farmacéutico en jefe de las Indias orientales holandesas, la reducen á pasta con agua, separando las materias extrañas, como piedras, arena y otros cuerpos duros; luego la reducen á planchas delgadas y en una cacerola de hierro la tuestan en un fuego de carbones. Cada una de aquellas galletitas arrollada parece una corteza de árbol seca; su grueso no excede mucho al de un lapicero, y su color varía desde el gris de pizarra al rojo oscuro, pasando por el matiz de canela. Los javaneses hacen, asimismo, con dicho barro figuritas groseramente modeladas que recuerdan ciertos muñecos de pastelería. Las tierras comestibles de China, según Ehremberg, unas son blancas, grasas y silicatadas, sin despojos orgánicos, mientras que, por el contrario, otras contienen ciertos animáculos fósiles.

Sobre la naturaleza de las substancias terrosas apreciadas por los negros del Congo, una Memoria de M. Heiberg, de Copenhague, publicada hace poco en *Le Caducée*, nos da noticias precisas. Las dos muestras analizadas que su autor obtuvo del Dr. Hans Müller, ofrecían entre sí sensibles diferencias. La primera consistía en una materia porosa de un color amarillo de ocre que se reducía fácilmente á polvo fino. Contenía ácido salicílico, óxido de aluminio, sosa vestigios de hierro y una débil cantidad de materia orgánica azoada. La segunda calidad de tierra, de un color gris negruzco, parecíase á la arcilla ordinaria; su composición se aproximaba á la precedente, con la diferencia de que en esta última se encontraban algunos espongolitos y nada había de sodio. Calentadas ambas mues-

tras, se desprendían de ellas aguas y vapores alcalinos; pero, mientras que la amarilla contenía cuarzo libre en forma de arena fina, no lo había en la tierra gris. El examen bacteriológico dió un resultado negativo.

En definitiva, en estos singulares alimentos, tan sólo el hierro y el sodio son asimilables al organismo, pues la substancia azoada desaparece al tostarse. La tierra amarilla se recoge en las plantaciones de café de Nueva Amberes (Bengala), En cuanto á la variedad gris, la más estimada por los consumidores del Congo, los cuales, sin embargo, no la pagan á más de 5 céntimos el kilogramo; no se sabe exactamente de donde la extraen los indígenas.

En el Tonkin, según M. Dumoutier, la geografía es muy grande en las provincias de Nam-Dinh, Thai-Bin, Hai-Duang y Sontay. Allí, los «hojaldres» de tierra se presentan con dos aspectos: las «orejas de gato» (*ngoë tai meo*), pedazos delgados obtenidos de una masa compacta gris que se seca en ladrillos calientes, y las «tejas» (*ngoi*), que sufren una cocción lo bastante intensa para tomar hermoso color rojo. Véndense al precio medio de 18 «sapeques» los 600 gramos. Los anamitas tienen por golosinas aquellas tierras comestibles que poseen las propiedades físicas de la arcilla, se pegan á la lengua y carecen de sabor. Total: que en aquellas tortas indigestas no se encuentra principio nutritivo alguno en cantidad apreciable. El proceder de los geófagos del Tonkin no se justifica más que el de los de otros pueblos, y con seguridad se aleja mucho de las reglas gastronómicas sentadas por Brillat-Savarin.

SANTIAGO BOYER.

PRECH

Vina, amor, á mon costat
que 't vull dir cosas molt bellas,
tant puras com las estrellas
de que 'l cel está omplenat.

Te vull dir que molt t' estimo,
que t' estimo ab tot el cor,
que t' estimo, nena mía,
que t' estimo ab ver amor,

Que vull viurer sempre ab tú,
que ab tu sempre vull estar
y que per molts anys que passin
sempre 't tindrè d' estimar.

Vull que m' aymis com jo t' aymo,
que m' estimis com t' estimo,